

HUGO CALIGARIS / ENCARNACIÓN EZCURRA

ESCRIBANO

60 AÑOS DE PERIODISMO
Y PODER EN *LA NACIÓN*



Espejo de la Argentina  Planeta

HUGO CALIGARIS
ENCARNACIÓN EZCURRA

ESCRIBANO

60 AÑOS DE PERIODISMO
Y PODER EN LA NACIÓN

Espejo de la Argentina  Planeta

El Factor

El 28 de diciembre de 2001, Día de los Santos Inocentes, *La Nación* se declaró en default. El diario seguía así el camino de la otra Nación, la del «conjunto de los argentinos», que ya se había declarado en default cinco días antes, entre los vivos y gritos de entusiasmo de los senadores y diputados reunidos en la Asamblea Legislativa para nombrar a un presidente que duraría una semana, el puntano Adolfo Rodríguez Saá.

Al cumplir 131 años, el diario tenía un rojo de 150 millones de dólares. Se había endeudado para construir una planta impresora y apenas le daban los números para pagar los sueldos de tres meses. *La Nación* armó un equipo comandado por el ex funcionario de Economía del último gobierno militar y fundador de la consultora Infupa, Manuel Solanet, y dos especialistas, Marcos Ayerra y Natalia Mouhapé, que comenzaron a actuar como comité de crisis. Enfrente se encontraban con una resistencia dura del grupo de bancos acreedores. Entre ellos sobresalía uno inesperadamente hostil: el Citibank.

«Fui a hablar con los banqueros. A hablar políticamente del tema...». José Claudio Escribano usa con intención el adverbio «políticamente». Nos pide que apaguemos el grabador para despotricar —a su manera: nunca de forma demasiado ruda— contra la frivolidad y el espíritu voraz de aquellos empresarios

a los que no les hubiera disgustado que una quiebra insalvable pusiera a *La Nación* en sus manos. Detrás de la dureza del Citi estaba el empresario argentino Raúl Moneta, nos dijeron luego los accionistas del diario. Escribano solo cuenta, ya *on the record*, por qué y cómo decidió apuntar directamente a la cabeza del toro salvaje.

—Hablé con un amigo, uno de esos periodistas estrella de los Estados Unidos, que se llama Edward Schumacher. Yo lo había tratado cuando era corresponsal del *New York Times* en Buenos Aires. De allí pasó a Wall Street 1, a trabajar en el Dow Jones. Lo llamé a Schumacher y le conté nuestros padecimientos. ¿Cómo llegar al Citibank? Y entonces me dijo: Mirá lo que es la suerte. En quince días se hará en Dow una reunión para hablar sobre el futuro de los medios de comunicación. El invitado principal será nada menos que William Rhodes.

No podía haber mejor contacto que él. Bill Rhodes, nacido en 1935, tuvo las más altas responsabilidades durante los cincuenta y tres años que trabajó en el Citi. Se lo reconoce, además, por sus actividades filantrópicas y por su experiencia en América Latina.

Schumacher lo invitó a Escribano a la reunión, pero le pidió discreción, porque «el tuyo no es un tema importante aquí».

—Cuando llegamos, lo miré a Rhodes y pensé: tengo que aguantar en mi silla sin moverme, porque este hombre, que es más viejo que yo, en algún momento se va a levantar para orinar. En efecto: a las dos horas, Rhodes se levantó. Yo me planté en la puerta del baño. Cuando por fin salió, le dije: «Señor Rhodes, llevamos dos horas participando de una reunión muy interesan-

te. Para mí es muy importante quitarle un minuto. Me presento: esta es mi tarjeta. Soy el *executive editor* de *La Nación* de Buenos Aires. Necesito hablar con usted...».

Escribano dice que Rhodes le pareció «un hombre delicado, perfecto». Le parece prueba suficiente de su gentileza que el banquero haya aceptado que el brevísimo diálogo fuera en español, aunque hubiera preferido el inglés.

—La síntesis de la conversación es esta: «Señor Rhodes, mi diario está en default, como lo está el país. Nos endeudamos para hacer una planta gráfica de último modelo, y se nos ha venido este alud de la naturaleza encima. Yo me planto frente a usted porque tengo una pregunta para hacerle. *La Nación* es una de las pocas instituciones que quedan en pie en la Argentina. Tiene un siglo largo de vida y ha hecho con el Citi negocios por 80 años que nosotros queremos volver a tener en los próximos 80. ¿Está usted dispuesto a dejar caer una institución que comparte el mismo sistema de valores que usted ha asumido a lo largo de su vida?». Y Rhodes me dijo: «Estas son las cosas sobre las que hay que trabajar. Que no caigan instituciones que no deben caer. Déjeme el tema...».

Rhodes no hablaba por hablar. «Cuando la reunión terminó, lo primero que hizo fue pedir que mandaran un e-mail a Buenos Aires para saber quién pitos era la persona que lo había abordado». Desde ese momento, el Citi cambió su política. A tal punto que en la parte final de las negociaciones fue el Citi la fuerza que presionó a los bancos más chicos para que cerraran el acuerdo con *La Nación*. De los 150 millones, las deudas principales eran con el Boston, por 40 millones de dólares, y con el Citi, por 25 millones. «Después había un grupo de chiquitaje. Acá en la esquina

había uno, que era el Paribas, francés», dice Escribano. «Acá en la esquina» es Callao y Guido, a pasos del departamento desde cuyo balcón del piso 14 Escribano contempla la ciudad y el mundo.

—El acuerdo fue de tal naturaleza que el Instituto de Altos Estudios Empresariales, IAE, de la Universidad Austral, lo presentó en la Escuela de Negocios de Harvard como un modelo de solución de conflictos. De cada 100 dólares que *La Nación* debía pagó 45 *cash*. Además, 13 y medio o 14 con la cesión al consorcio de bancos de sus acciones en un nuevo edificio en la calle Bouchard. Se estaban agregando varios pisos sobre la estructura en la que venía funcionando el diario y la participación de *La Nación* era del 35%. Hoy deberían ser no menos de 80 millones de dólares. El otro tercio se pagaría en centímetros de publicidad. Fue inolvidable la actitud del Citi.

La planta impresora que casi había llevado a *La Nación* al abismo quedaba en el barrio de Barracas, sobre las calles Zepita, Magaldi, Luna y Luján. Precisamente enfrente está *Clarín*, su principal competidor. Fue construida en el tiempo récord de 12 meses, ocupaba 34 000 metros cuadrados, de los cuales 18 400 eran cubiertos, en unas tres hectáreas y media de terreno. Tenía rotativas Wifag, suizas, el *non plus ultra* en su momento, y una máquina de expedición Müller Martini que despachaba encartadas todas las secciones del diario, para aliviarle el trabajo al canillita. «En términos automovilísticos, nuestra impresora era un Mercedes Benz. Pero el sistema de expedición, para que se comprenda bien, era todavía más: una Ferrari».

Diecisiete años después de aquel rescate histórico, a fines de 2018, la planta de Barracas volvió a poner a la empresa en una encrucijada de la que dependía su supervivencia. Esa vez, la cri-

sis lo encontró a Escribano jubilado y fuera del núcleo duro que decidiría el curso de acción, pero aún hacía oír su voz ante el resto del directorio. A pesar de las insinuaciones de su esposa, Rita Viglierchio («¡Mandalo todo al diablo!»), seguía, a los 80 años, pendiente de lo que había sido el gran amor de su vida. Esa semana lo encontramos en su casa francamente triste.

—Pasé una Nochebuena muy preocupado y dolorido, porque *La Nación* se ha planteado vender la planta gráfica. ¿Usted se da cuenta lo que significa el cierre de una planta gráfica para quien ha vivido toda una vida asociado a un diario, que en la memoria de mi familia se prolonga hasta mi bisabuelo materno? Aquella frase hecha y casi cursilona del olor a tinta. Ya no habrá olor a tinta...

—Pero ¿qué pasará? ¿No saldrá más el diario en papel?

—No, seguirá saliendo. La pregunta suya debería ser dónde se imprimiría. Esto se está discutiendo con el sindicato...

—¿Porque implicaría una cantidad enorme de despidos?

—Son 115 personas. Antes eran más. Yo sé que este es el destino de los diarios en el mundo. Hacia esto vamos. Hemos conocido una ciudad con muchos talleres gráficos. Los de *La Razón*, *Crítica*, *Noticias Gráficas*, *El Mundo*, *La Prensa*, *La Nación*, el *Herald*, el *Argentinisches Tageblatt*, el de Atlántida, el de Perfil. Yo me pregunto si esta venta no se podría prolongar dos años a través de acuerdos con el sindicato, que exigirían sacrificios para quienes los aceptaran. Pero no ser el primer gran diario de la región que cierre su planta gráfica. Sin embargo, así están las cosas. Los números se han puesto muy difíciles.

—Peor sería que no saliera más la edición en papel.

—Eso no está planteado. Pero siempre hay un dolor. Yo lo siento. ¿Se imagina si terminamos siendo impresos en *Clarín*? Mi temor es que haya gente que diga «¿Qué significa esto?». ¡Asociados con *Clarín* por la fuerza de la imprenta! Lo que ocurre es que cuando nuestra edad avanza mucho, como es mi caso, uno se mantiene con valores que han sido del pasado, y que no son del presente. ¿Qué le dice una planta gráfica a un hijo o a un nieto mío? Nada, tal vez...

Lo peor pasó. *La Nación* se comenzó a imprimir en *Clarín* en febrero de 2019. Desde entonces, antes de cada medianoche los editores de *Clarín* saben lo que publicará su principal competidor el día siguiente, porque los originales pasan primero por sus talleres. Escribano admite que ya no será posible que *La Nación* vuelva a dar una primicia como la de los cuadernos de la corrupción en sus ediciones de papel. Habrá que adelantarlas, dice, en la edición *online*, donde, naturalmente, el valor de las noticias exclusivas no es el mismo.

El hecho de que *Clarín* comenzara a fijar los horarios de cierre y de distribución de *La Nación* alimentó la sospecha que circulaba desde mediados de los años 90 de que *Clarín* llegaría a tomar el control absoluto del diario. Aunque esos rumores nunca se confirmaron, las historias de las dos empresas están cruzadas. Los actuales dueños de *La Nación* son hijos de Matilde Noble Mitre de Saguier. Ella es, por parte de padre, sobrina de Roberto Noble, el fundador de *Clarín*, y por su rama materna, descendiente directa del general Mitre. Además, es viuda de Julio Saguier, quien fue el primer intendente de la ciudad de Buenos Aires durante la presidencia de Raúl Alfonsín.

Cuando Escribano les expuso con el corazón a los accionistas del diario sus argumentos contrarios a la venta de la planta impresora, ellos le contestaron con el bolsillo, como le había contestado el mercado en plena crisis de 1989 al ministro de Economía de Alfonsín, el tandilense Juan Carlos Pugliese. «No hay dinero para mantener la planta. De ninguna manera».

—¿La venta significaría un gran alivio económico para el diario?

—Son más de 200 millones al año. ¡Pero miren todo lo que hemos logrado este año! La sanción de la ley de presupuesto 2019 fue muy importante para todos los diarios, porque se ha eliminado el IVA sobre el precio de tapa. Eso significa mucho dinero para los diarios, que están todos muy mal. Yo le diría que incluso *Clarín*, si no estuviera atrás el Grupo, estaría *kaputt*.

—Pero las páginas de *La Nación* siguen llenas de avisos...

—Lo que ustedes ignoran es que el valor de esos avisos es manifiestamente menor que en el pasado. Una página en los años 90 costaba fortunas. Hoy el señor Coto no paga fortunas por esa página. Yo creo en el papel porque ha sido mi vida, pero es una carrera desigual con el *online*. Allí los avisos se cobran, pero ¿qué se cobra? Se cobran monedas, insuficientes para compensar el costo.

—¿Le han pedido opinión sobre la venta de la planta impresora?

—Se ha tratado en reunión de directorio y yo he dado mi opinión, sí...

—¿Contraria?

—No puedo decir «contraria». Pedí la máxima elasticidad. Hagamos un esfuerzo por dos años. No para que esto se revierta. Hay tendencias históricas. Estamos en medio de una crisis sistémica de una industria y en medio de otra crisis económica general en la Argentina.

—¿Y qué podría cambiar en dos años?

—Mi observación es que el proceso se acelerará. Lo que ha cambiado es la intensidad de los pronuncios de que el diario de papel se muere. Hoy, en todos los congresos, la idea de la muerte del diario, al que se le extendió certificado de defunción hace no menos de veinte años, ha cambiado. Hoy de lo que se habla es de que habrá «diarios boutique», diarios para pequeñas élites. El último diario en desaparecer será el de calidad. Ese es nuestro nicho, que yo defiendo a muerte. Ser un diario de calidad, tanto en el papel como en las versiones *online*. La venta de la planta impresora es un paso más hacia la descaracterización del diario que ustedes dos y yo hemos conocido.

—Así es la vida...

—Así es la vida. Cuanta más juventud, menos ataduras con el pasado. Lo entiendo, pero con un dolor que no tienen ni los de 30, ni los de 40, ni los de 50...

* * *

Unas semanas después de esta entrevista, cuando la planta impresora se puso públicamente en venta, pensamos que lo encontraríamos abatido. Todo lo contrario: Escribano se había serenado, se lo veía distendido y se ufanaba, incluso, de la prolijidad con que se había consumado el desguace. Dijo que la «desvincu-

lación» de la centena larga de trabajadores había sido «perfecta». Elogió la «precisión quirúrgica» con que se habían llevado a cabo las negociaciones.

Sin planta propia, a fines de 2018 y comienzos de 2019 el diario estaba cerrando sus ediciones muy temprano, a horas tan extremas como las dos o las tres de la tarde del día anterior a su salida, por lo cual solo traía noticias viejas. Pero Escribano le ponía el pecho a las balas.

«Fíjense qué notable: no tuvimos ni una sola cancelación de suscriptores», nos dijo. Le contestamos que conocíamos al menos dos casos de lectores que habían suspendido sus compras: nosotros mismos, hartos de recibir cada mañana un matutino atrasado. Por un momento endureció la mirada, pero enseguida retomó la defensa incondicional del diario.

«Pierde bien», nos dijo después Martín Etchevers, hombre de *Clarín*, presidente de Adepa y compañero de batallas en las negociaciones entre los medios y el Estado. Escribano sabe ser al mismo tiempo capitán y soldado. Vimos su frustración ante la posibilidad de la venta de la planta y más tarde lo vimos adoptar la decisión como propia una vez que la empresa optó por ella. «Yo no soy accionista», dice para justificar que más allá de su peso específico es un subordinado. Algo parecido ocurre con la historia del diario, cuya supervivencia le debe mucho a su capacidad para adaptarse. *La Nación* sobrevivió a todas las tormentas, mientras que otros combatientes menos flexibles fueron quedando en el camino. El mejor ejemplo es *La Prensa*, un diario contemporáneo e ideológicamente cercano a *La Nación*, que sucumbió por su enfrentamiento sin concesiones con el primer peronismo y pasó, al cabo de una larga agonía, de vender un millón de ejemplares por día a la ruina.

Como a Escribano, a *La Nación* hay que leerla entre líneas.

(«Más que entre líneas, a Escribano hay que leerlo entre palabras», nos dijo Fernán Saguier). Sabe quebrar el brazo a tiempo y reservarlo para la próxima pulseada. Hay, además, una cuestión de estilo. Escribano tiene modales contenidos y se impone sin pegar un grito. Es serio, austero, tiene los gestos de un caballero andante, resulta ligeramente demodé, ceremonioso. Aunque mantiene las distancias, se mueve con familiaridad entre los poderosos. Sin dejar de ser crítico, está de acuerdo en lo esencial con el establishment. En el fondo, detesta los cambios, pero los estimula, o los tolera, siempre que sean graduales y moderados. El encuentro entre la empresa editorial y quien fue su timonel durante muchas décadas fue providencial, dado que ambos tienen un ADN parecido.

Escribano nunca buscó la notoriedad. Él alega que fue por causa de su timidez crónica: «Soy muy tímido», repite. No le creemos. Pero lo cierto es que no tiene la fama de otros periodistas, como Jacobo Timerman, Bernardo Neustadt, Jorge Lanata, Luis Majul o Marcelo Longobardi. Ni siquiera le gusta que lo comparen con ellos, tal vez por exceso de modestia, pero más probablemente porque no los considera a su altura. «Soy un lobo solitario, yo no soy de los grupos», es su excusa para diferenciarse del conjunto. En 2017, le concedió una entrevista al director de Editorial Perfil, Jorge Fontevecchia, quien la incluyó en su libro *Periodismo y verdad*. Otros columnistas y editores comparten democráticamente las páginas de ese volumen, pero cuando Fontevecchia los convocó a todos para que se sacaran una foto promocional en los balcones del Cabildo, Escribano fue el único ausente. «No estoy para balcones», nos dijo.

Aunque conoce como pocos la entretela de la historia argentina contemporánea, nunca escribió un libro político, cuando son tantos los periodistas que han conseguido armar una bibliografía

densa en pocos años. Hubiera podido compilar los miles de artículos que publicó con firma o sin ella. Pero no quiso.

Tampoco logró escribir sus memorias. En una oportunidad intentó hacerlo. Fue meses después de que el ex presidente Néstor Kirchner lo escrachara con nombre y apellido como enemigo público número uno. Por culpa de Kirchner, Escribano apareció, a pesar suyo, en la tapa de una revista de circulación masiva por única vez en su carrera: la revista *Noticias* del 12 de marzo de 2005. «Claudio Escribano, ideólogo del diario *La Nación*», decía la volanta. El título y la bajada completaban la idea: «El hombre más odiado por Kirchner. Poder, intimidad y pensamiento del periodista más inteligente de la derecha argentina. Por qué el Presidente le declaró la guerra».

El autor del artículo, Darío Gallo, le mandó la revista recién aparecida en un sobre con una nota que decía: «Le agradezco su colaboración y espero que pase un buen fin de semana, pese a la exposición». Unos meses después, Gallo contó en *Noticias* cómo lo había «traicionado» para obtener la foto que al principio Escribano le negaba. «Cuando acordamos el almuerzo, me dijo que no quería fotografías. Pero fui al restaurante de Recoleta con un fotógrafo, que se quedó escondido en la confitería de enfrente a la espera de su presa. “Si logro convencerlo —le dije al fotógrafo— te llamo. Demoré unos minutos en llegar, como si vinieras de la redacción”. El subdirector de *La Nación* se dejó convencer de que era mejor posar para las fotos que publicar imágenes de archivo, y fuimos a un kiosco de la avenida Callao, donde lo retratamos para la tapa. Nunca supo que lo íbamos a fotografiar igual, aunque no hubiera posado. Se está enterando ahora».

En octubre de 2003, Escribano sintió el súbito impulso de narrarse a sí mismo en un texto biográfico. ¿Comenzaba a sentir el paso y el peso de los años, o fue la percepción de que el cam-

bio de manos que había sufrido *La Nación* en 1994, de la familia Mitre a los Saguier, lo estaba dejando progresivamente al margen de las decisiones?

Escribano le mandó el siguiente e-mail a Guillermo Schavelzon, un conocido agente literario argentino que vive en Barcelona y que ha representado, entre otros, a Paul Auster, María Elena Walsh, Ernesto Sabato, Osvaldo Bayer, Ricardo Piglia, Manuel Puig, Eduardo Berti y Juan José Saer:

Voy a cumplir 66 años —y 48 en esta vieja Redacción—, sigo el pedido del diario de continuar indefinidamente, pero algún día quisiera mirar la línea del horizonte y no la absurda punta de mis zapatos. Más y más me hablan de que escriba mis memorias. Lo tengo a usted presente al respecto. Pero quiero que esas memorias valgan como un seguro de retiro. ¿Cuánto valen? ¿Cuánto podrían valer? Me imagino dos años de trabajo. Dos años ya libres del compromiso cotidiano de toda una vida. Sujo, affmo. jce.

Schavelzon contestó:

Con unas palabras esbozando lo que serían esas memorias, yo puedo en unas semanas o días decirle cuánto valen. Mejor dicho: valen muchísimo. Lo que le diría es cuánto podemos obtener de ellas. Pero le aseguro que bastante. No es el mejor momento de la Argentina para sumar dólares, pero lo buscaré. Mucho depende de qué tan «políticamente correctas» sean esas memorias. Si tendrá que ocultar lo más significativo para quedar bien con muchos, valdrán menos. Si serán unas memorias en las que se decida a contar la historia que usted ha vivido en tantos años de redacción, jugándose totalmente como un gran Gide del siglo XXI, valdrán mucho más. ¿Qué es mucho? Más de seis cifras en dólares, sin duda. No sé cuánto más. Estoy arriesgando, pero usted me invita. Un periodista mucho

más joven que fundó y dirigió un diario menor, a quien represento, lleva ganadas tres veces eso. ¿Por qué usted no? Lo que hay que hacer es pensar toda una estrategia «de venta», pero ese es justamente mi trabajo. Y pensar si quiere un contrato antes de sentarse a escribirlas o cuando estén terminadas. Ya escritas valen mucho más. Antes, calma los nervios. Usted me dirá cómo seguir.

Escribano dejó pasar algunos meses, pero la idea de escribir lo seguía rondando. En febrero del año siguiente, el 2004, aprovechó un pedido de Schavelzon por una carta de lectores contra el doblaje de películas para decirle: «Mi familia me pide que mande todo al diablo y me ponga a escribir el libro. ¿Qué le parece? Un abrazo». Schavelzon contestó:

Mi estimado Escribano, no me pregunte a mí la opinión, yo sería inmediato cómplice de su familia. Hay que ponerse a escribir libros cuando uno se siente en plenitud, con una salida del periodismo heroica, cuando todos lo lloren por irse, y así da lugar a una nueva etapa de la vida que, estoy seguro, será larga e interesante.

Finalmente, llegó a haber un contrato. No se sabe si fue más generoso en números que el de aquel «periodista más joven del diario menor» aludido por Schavelzon, pero lo fue, sí, en plazos: preveía tres años de trabajo. Escribano acondicionó incluso un estudio en su casa de Punta del Este para escribir, rodeado de apuntes y papeles, durante las vacaciones de verano. Pensó el título: «La aventura de vivir» y llegó a completar 42 páginas, pero después se arrepintió y desistió de seguir adelante. «Soy demasiado perezoso», se justifica. Nunca recibió un peso por ese contrato.

Ese material, que guardó en un *pen drive*, son apenas apuntes en borrador para una autobiografía que nunca llegó a concretarse. Saltan, todavía sin orden, de los recuerdos personales al retrato de viejos periodistas que conoció en el diario, y de allí a la política. Las notas están separadas en pequeños bloques. Escribano no se atuvo a la recomendación de Schavelzon. No se encuentran allí infidencias, confesiones ni escándalos. Aquí reproducimos algunos párrafos.

- ¿Por qué estudié abogacía cuando tenía, en realidad, la decisión de ser periodista? Hacia 1956 no parecía natural seguir estudios de periodismo. Nadie, entre todos los cronistas de *La Nación*, los había seguido hasta aquel momento. Constituía un valor cultural en nuestra sociedad que la condición universitaria la obtenía quien estudiara medicina, abogacía, letras, filosofía, arquitectura, ingeniería, odontología y contabilidad. No mucho más. Una risa socarrona explotó en la Redacción entre los que oyeron que «un licenciado mexicano» se había presentado en la recepción para hablar con algún cronista del diario. ¿Licenciado? A comienzos de los 60 no se entendía que una persona pudiera tomarse la licencia de presentarse de tal modo sin un pobre sentido del ridículo.
- El riesgo de un infortunio social podía paralizar mis decisiones. No sé bailar; es decir, si bailo, siento no ser más que un tronco a la deriva en medio de las ondas sonoras que otros dominan con elegancia de movimientos. Imputo una torpeza tan evidente como esa a la ausencia de un buen oído desde la infancia. Con la visión me había sucedido a los 26 años un curioso episodio. Lo imputo a la in-

dolencia para ocuparme, por lo menos a edad joven, de las cuestiones del cuerpo.

- Al no saber bailar, y al estar embargado por un sentido exacerbado del ridículo por una timidez congénita, las fiestas se convertían en penuria en mi época de muchacho. Pretendía calmar mi angustia con un cigarrillo que encendía detrás de otro. Con seguridad, nunca he pitado con más insistencia que cuando debía haber aprovechado, con mejor criterio, la oportunidad de ceñir a una chica por la cintura mientras mis movimientos, despreocupados de la opacidad de mi sentido musical, me hubieran llevado a entreverarme en bailes al lado de otras parejas que tenían muchas cosas más importantes para observar y sentir que mis torpezas danzarinas.
- Dejé de fumar decenas de veces: por uno o más días, por una semana o un mes. Una vez decidí hacerlo cuando estaba en Miami, a los 27 años, y se prolongó casi dos años, hasta la tarde aciaga en que me levanté de una butaca en la biblioteca de la Facultad de Derecho de la UBA, ya en Buenos Aires, y como un náufrago de deseos que aspira llegar a la otra orilla corté en el primer pasillo que encontré el paso de un estudiante: «¿Tenés un pucho?». Tenía el pucho y tenía las ganas de ofrendármelo. Otro estudiante lo encendió a mi pedido. Enfilé hacia el bar de la planta baja. Café y cigarrillo, fórmula imbatible para calmar ansiedades el día anterior a un examen. Fumé en el resto del primer día de regreso a la vieja adicción cuatro cigarrillos. Lo llevo en la memoria reservada a los fracasos de estruendo. Volví al cigarrillo por muchos años más. En el vera-

no de 1975, poco antes de cumplir los 40 años, abandoné un partido de dobles al tenis antes de comenzar el segundo set. Me faltaba aire. Dejé de fumar hasta hoy: muchos años ganados a la vida.

- Alrededor del 10 de diciembre de 1981 estuvo de partida la aventura que llevó al gobierno militar a las Malvinas. El general Roberto Viola renunció y los ministros de su gabinete se dividieron en dos bandos: uno, el de quienes permanecieron en sus cargos, porque entendían que su principal subordinación era con los comandantes en jefe que habían propuesto sus nombres como ministros; otro, el de los ministros leales con Viola. En nombre del primer grupo me invitó a conversar el ministro de Bienestar Social, el vicealmirante Carlos Lacoste, que en 1978 había sido el hombre clave en la organización del campeonato mundial de fútbol que logró para la Argentina el primer título de campeón. Lacoste pertenecía al círculo íntimo de Massera. Lacoste se levantó de su asiento, metió una de sus manos en el pantalón, tomó un llavero con cadena y, jugando con él, dijo las palabras que revelan un juego en marcha: «Todo esto —por los tropiezos que comenzaba a acumular el gobierno militar— se terminaría si se ocuparan las Malvinas».
- Tanto la Armada como la Fuerza Aérea rendían un tributo místico al reparto igualitario de las facultades gubernativas. Preservaron el culto hasta la Guerra de Malvinas, con las consecuencias disparatadas de un conflicto bélico sin un comando de operaciones único en toda la línea de combates. Así terminó el «proceso», con los militares derrotados en el terreno de las responsabilidades profe-

sionales, el único en el que no podían permitirse una derrota. La inauguración de la exposición anual de la Sociedad Rural Argentina, en Palermo, dejó el testimonio del punto hasta el que podían llevarse las exigencias de marinos y aeronáuticos sobre la preservación del 33% del poder para cada una de las Fuerzas Armadas. La secretaria del entonces presidente de la SRA no estuvo precisamente en un buen día cuando se abocó al envío de las invitaciones al palco oficial para el día de apertura de la exposición. El primer infortunio fue escribir, en el sobre dirigido al jefe de la misión diplomática del Vaticano en la Argentina: S. E. Eminentísima, Señor Nuncio Apostólico monseñor Pío Laghi y señora...

Desde sus contactos con Schavelzon en aquel 2004, pasaron catorce años hasta que Escribano aceptó mantener una serie de entrevistas con nosotros. En ese lapso, rechazó varias propuestas similares de otros periodistas. Nos concedió una primera cita en horario militar —el 25 de mayo de 2018, a las 9 de la mañana— en el bar Josephina's, de Juncal y Guido. «Yo con ustedes hablo», dijo. Acto seguido, nos invitó a su departamento y nos preguntó si nos sentiríamos cómodos en su pequeño estudio, lleno de libros en las bibliotecas y apilados hasta en los escalones de madera de la escalerita que conduce al atilillo de la calle Callao, donde vive en el último piso, el 14. «Pueden preguntarme lo que quieran. Las preguntas nunca son indiscretas. Son las respuestas las que pueden serlo», sentenció.

Ya le conocíamos las mañanas desde sus años dorados del diario. Cuando era jefe, un silencio de sinagoga seguía a su aparición inesperada en la Redacción. Iba siempre de traje, erguido, con una mano en el bolsillo, avanzando a paso lento con sus piernas ligeras-

mente arqueadas. Que se detuviera en el escritorio de un redactor, aunque solo fuera para hablarle, era una posibilidad preocupante. Una crítica suya podía afectar tanto el alma como el cuerpo del que la recibía, aunque no acarrearía necesariamente una sanción. Uno nunca sabía en qué momento sus ojos muy celestes comenzarían a oscurecerse. «Llegado el caso, puño de hierro, pero con guantes. La mano enguantada. Nunca pegué un grito», nos dijo.

Hay muchos rastros de ese estilo de dirección. Las anécdotas son innumerables. Cuando el crítico cinematográfico Claudio España se había quedado a cargo de la sección Espectáculos porque el jefe, Fernando López, estaba de vacaciones, publicó por error que se había muerto la vedette Alicia Márquez. En una nota tremenda, Escribano le dijo que la falta había sido «de tal magnitud que debemos retroceder varios lustros en la historia de *La Nación* para encontrar otro hecho semejante». El mensaje terminaba así: «No se aplicarán sanciones en este caso, ya que ninguna podría ser proporcional al daño que este episodio ha causado al prestigio y credibilidad del diario».

Aprovechaba las «reuniones de blanco», donde se ponían sobre la mesa los temas periodísticos del día, para dictar «ateneos» magistrales que luego se imprimían y aparecían como edictos en los escritorios. Contenían reglas de todo orden, que iban de la gramática a la necesidad de salir continuamente a la calle a pescar fuentes, del deber periodístico de escuchar siempre las dos campanas a la definición de lo que para *La Nación* eran el buen gusto y el mal gusto. En él, en Escribano, se concentraban todas las respuestas.

Para los periodistas de *La Nación*, él no era ni José, ni Claudio ni Escribano, sino el Factor Estresante, o simplemente FS, o El Factor. Un aguijón constante en la nuca. Cuando estaba de viaje o cuando, raramente, se tomaba un franco, la Redacción se distendía.

«Los tiene cagando a todos, ¿no?», nos preguntó de sopetón su esposa cuando la conocimos. Rita tiene un modo de ser muy diferente, por no decir opuesto, al de su marido. Hace constante gala de un lenguaje espontáneo, que en ella resulta simpático, y dice de Escribano que parece salido de una propaganda de Lázaro Costa, la conocida empresa de pompas fúnebres. Le critica que, en medio de un asado, una vez se fue al auto porque se estaba aburriendo con la charla. «Mientras él pone el tema de conversación, está lo más feliz, pero cuando otro cambia de asunto se quiere ir...». Escribano le consiente todo. La mira con ternura, como diciendo: ella es así de auténtica, de humana. Cuando Rita sale de escena, Escribano se reconvierte en su propia estatua.

—¿Usted sabía que le decíamos El Factor?

—Sí, los sobrenombres son una cosa habitual en las redacciones. Posiblemente haya surgido de Política, porque allí iba mi ojo, más que a cualquier otra sección. Era a los que yo más hinchaba mandándoles recortes de otros diarios con informaciones que habíamos perdido, junto con un papelito amarillo que decía: «¿Y esto?».